



STARCRRAFT
HEART OF THE SWARM

Quemaduras de ácido

Antony Johnston

—¡De aquí no nos vamos! ¡A los cañones!

El capitán Brach Treicher se apartó de la plataforma de armas pesadas y echó a correr hacia el centro de mando. A pesar de lo voluminoso de su traje de combate CMC, subió las escaleras de tres en tres mientras escuchaba a los cañones soltar andanadas entrecortadas a sus espaldas. Los soldados llevaban una hora viendo una medevac tras otra evacuar la base de Krakulv, y por supuesto esperaban ser los siguientes. Pero iban a quedarse allí.

Krakulv era una base lunar secreta de alerta temprana en los límites del espacio del Dominio que tenía como objetivo detectar incursiones zerg. Tal vez en algún momento, cuando se construyó la base tras la Guerra del Primer Contacto, había habido suficientes medevacs para todos. Pero con el paso del tiempo, y a medida que la base y su población aumentaron —o a medida que aumentó su confianza, en opinión de Brach— la capacidad de las medevacs se quedó pequeña.

La orden de evacuar a todos los supervivientes no militares y no imprescindibles tras el ataque inicial había procedido de la Comandante, y Brach habría hecho lo mismo, pero le dejó un regusto amargo en la boca. Esa primera oleada, antes del amanecer lunar, los había cogido por sorpresa. No debería haber sido así. ¿De qué servía una estación de vigilancia que no detectaba un ataque inminente contra ella misma? Pero no lo había detectado, y en cuestión de diez minutos una cuarta parte de su población ya estaba muerta. Así que los supervivientes habían huido, llevándose todas las medevacs menos una y dejando a un par de centenares de soldados para rechazar todo un asalto zerg hasta que la nave de clase destructor más cercana pudiera llegar hasta ellos...

La puerta acorazada del centro de mando se abrió con un leve siseo y Brach entró a grandes zancadas. —¿Tenemos ya un tiempo de llegada estimado para ese destructor?

La comandante de la base Lee Treicher escudriñó su consola de situación. —Seis horas.

—¡Seis horas! ¡Lee, no podremos resistir tanto tiempo! ¡Krakulv no está hecha para resistir un asedio así!

La mayoría del personal del centro de mando había sido evacuado, pero media docena se había quedado para atender las estaciones tácticas, y ahora cada uno de ellos tenía algo realmente interesante que mirar en sus consolas.

Lee le clavó a Brach una mirada gélida, y este suspiró. Si había algo de su esposa que lo sacaba de quicio, era eso. Ella nunca perdía el temple, nunca alzaba la voz enfadada, ni aunque tuviera todo el derecho a hacerlo. A veces le daban ganas de zarandearla solo para hacerla reaccionar y que se dejara llevar por una vez.

—¿Y qué quieres que hagamos entonces? —dijo ella en un tono atemperado—. ¿Rendirnos? ¿Quieres ondear una bandera blanca, esperar que los zerg se hayan reformado y hayan descubierto su lado pacifista?

—Contraatacar. No podemos quedarnos aquí parados y dejar que vengan a por nosotros.

—Tengo ahí fuera cuervos de observación evaluando la situación. Decidiré la estrategia cuando envíen sus informes, no antes. Ahora ven y ayúdame, o vete a pegarles berridos de ánimo a tus hombres.

Brach titubeó y se puso junto a Lee. Colocó la mano de su traje de combate sobre los dedos enguantados de su mujer y apretó suavemente. —Lo siento —susurró.

Ella le dedicó una sonrisa ladeada y se volvió hacia la consola. —Echa un vistazo a estas formaciones de aquí...

* * *

GARXXAX, 2501

Una hora antes del mediodía, Illyana Jorres apagó sus monitores de seguridad. Hacía veinte minutos que había finalizado su exploración remota de las avanzadas de la biosfera, antes de lo previsto, y todo se presentaba normal. Y así es como debía ser: Garxxax era un planeta minúsculo en un sistema minúsculo, en el límite del espacio terran y muy apartado del ajetreo y el bullicio de la vida en el Dominio, sin ninguna inteligencia indígena superior a las alimañas del bosque.

Pero eso era lo que ella había solicitado cuando se unió a la compañía. Ya había tenido demasiadas emociones en la guerra, más que suficientes para cualquier soldado. Sin ninguna otra habilidad que le abriera puertas, se había pasado a la seguridad por cuenta propia y había acabado aquí. Un planeta donde la humedad hacía que una excursión por la montañosa selva tropical fuera insoportable sin un traje térmico, e incluso los océanos que cubrían la mayor parte de la superficie estaban tan calientes como un chaparrón vespertino.

Pero no había acción, no había agitación. Solo ella, diez científicos y el calor. Y eso a Illyana ya le iba bien.

* * *

El behemot gimió, desplazando su enorme masa para aliviar el dolor de las heridas recibidas en combate. La flota protoss lo había cogido por sorpresa, viajando por el espacio del borde del sector, y el behemot había pagado por ello. Ahora, aunque la batalla había terminado, la vida se le iba. Su propia vida no era importante, pero transportaba a miles de otros zerg en sus membranas cavernosas, y también ellos estaban en peligro si él moría. Para él, moverse por el espacio era su estado natural, pero el acto en sí no estaba exento de esfuerzo. El viejo behemot necesitaba tiempo para recuperarse, para recobrar energía. Y eso no podía hacerlo en el vacío del espacio.

Kerrigan había guiado al behemot a la victoria definitiva en la batalla, con el coste de sus heridas. Ahora ella miraba a través de los ojos cansados de la nave, explorando la región en busca de un sitio de descanso adecuado.

Allí, en el sistema de enfrente. Un planeta con una atmósfera de oxígeno nitroso y vida basada en el carbono. Vida que el behemot, y los miles de zerg transportados en las membranas cavernosas de su cuerpo, podrían consumir para sobrevivir. Para sanar. Kerrigan guió al behemot hacia su destino.

Transcurrido un tiempo —¿una hora, un día, una semana, un mes? El tiempo no significaba mucho para alguien tan viejo— la nave viviente entró en el pozo gravitatorio del planeta. Las nubes que se movían a la deriva eran gruesas e impedían ver el terreno. Cuando el behemot pasó a través de ellas, reconoció algunas características. Había visto otros planetas así, con montañas, árboles y la tierra cubierta de verde. Había descansado una vez en un planeta como este. Aquí habría ricas proteínas, tal vez incluso vida mamífera.

Vida. ¡Sí! El behemot detectó calor biológico agrupado ahí abajo. Instintivamente, ajustó su trayectoria de descenso hacia la fuente de calor.

* * *

Brach vio llegar las transmisiones de los cuervos y se las pasó a Lee. Ambos habían luchado en la Guerra del Primer Contacto y sabían qué cabía esperar. Zergling, mutaliscos, hidralicos... pero había algo que él no reconocía.

—Comandante, ¿esto qué diablos son?

Lee abandonó la consola principal para ponerse junto a Brach y analizar las imágenes llenas de energía estática de la transmisión. Este señaló una columna de zerg rechonchos de múltiples patas correteando sobre una capa de biomateria. Sus cuerpos anchos estaban fuertemente blindados con un caparazón con pinchos que ocultaba sus rasgos desde el aire, y se movían al unísono hacia una instalación de antenas de comunicación a dos clicks de los muros de la base de Krakulv.

Lee negó con la cabeza. —Nunca había visto esa unidad. Pero ya sabemos que los zerg evolucionan y mutan muy rápido. Podría ser nueva, o incluso una unidad que ya conociéramos, con mejores...

La columna de zerg estaba ya a un cuarto de click de la antena de comunicaciones, y la fila del frente se alzó para lanzar descargas de ácido de un verde chillón. Cuando terminaron, la hilera de detrás se levantó e hizo lo propio. Treinta segundos después, la instalación de comunicación era una pila humeante de neoacero fundido.

—Hemos perdido el LRC-4 —exclamó uno del personal táctico.

Lee siseó entre dientes. —Cucarachas.

—¿Estás segura? Creía que eran... ¿más pequeñas?

—Está claro que han crecido. Mierda. —Lee volvió corriendo a la consola principal y estudió por centésima vez la situación de las defensas de la base—. Nuestros muros siguen al cien por cien, no hay brechas ni ningún daño serio por ahora. Pero esas cosas los atravesarán en una hora o dos.

—O dos... esa es la cuestión. Podríamos estar todos en un transporte para cuando logren pasar.

Lee no respondió. Parecía paralizada, indecisa. Brach no la había visto tan nerviosa desde el día en que se casaron, y sabía exactamente por qué. Su mente voló hacia sus dependencias, y a la vitrina de trofeos que él mismo había insistido en traerse con ellos, para recordarles que aunque los hubieran asignado a una base de seguimiento pequeña y sin importancia, seguían siendo soldados que habían servido con honor. Pero la vitrina no contenía solo trofeos y medallas. También la habían llenado de recuerdos del campo de batalla, recordatorios de todo por lo que habían pasado durante la guerra. Él sabía en qué estaría pensando Lee justo en ese momento. Tenía que hacer algo.

—Saldré con un escuadrón aéreo y ganaré algo de tiempo. —Brach saludó y se giró para irse—. Comandante.

Lee levantó la vista de la consola, súbitamente alerta. —¿Qué? ¡No! Ya sabes de qué son capaces esas cosas, y estas son más grandes de lo que haya visto nunca. ¿Y si estas pueden atacar a unidades aéreas?

—¿Y entonces por qué no han eliminado al cuervo? Ese blindaje tan pesado los limita tanto que no pueden mirar hacia arriba. Lo único que necesito es media docena de átropos y las coordenadas de los cuervos. Será un ataque fácil.

—¿Y cuándo fue la última vez que alguno de vosotros pilotasteis un átropos? ¿Seis meses? ¿Un año? Estáis tan oxidados como las naves, y no pienso arriesgar más vidas sin un buen motivo. Nadie saldrá de los muros de la base... incluido tú, Capitán. ¿Entendido?

Brach sabía que Lee iba en serio cuando lo llamaba Capitán o por su nombre completo, Brachyan. Él lo odiaba, más que nada porque le hacía sentirse como un niño. Era su mujer y su oficial superior... pero eso no significaba que ella nunca se equivocara. Por ejemplo, no sabía que él y otra media docena de veteranos salían cada mes con las átropos a hacer vuelos de reconocimiento durante la medianoche lunar.

—Sí, Comandante —dijo, y salió del centro de mando.

* * *

—Eh, Illyana. ¿Qué hay? —Dannion Kortter habló sin apartar la vista del monitor.

—No gran cosa —respondió ella mientras la puerta se cerraba a sus espaldas—. Tú, yo, nueve cerebritos, once ecosistemas falsos y un montón de no-pasa-nada. Tal como me gusta.

Como hecho a propósito, la consola de Dannion se iluminó por completo, y una transmisión rasposa sonó por los comunicadores.

—*Raynolds a base. ¿Esperamos tormenta por aquí?*

Dan abrió el canal. —Aquí base, Raynolds. —Echó un vistazo a la lista de turnos en el registro de trabajo—. Me constas en la biosfera tres, la cúpula de orugas y savia bajo la montaña. ¿Qué problema hay?

—Es como si la luz se hubiera ido de repente. Pero miré la previsión del tiempo antes de salir de la base y no había señales de tormentas o frentes acercándose. ¿Lo puedes volver a comprobar?

—Claro, espera. —Dan consultó el parte meteorológico del día y las pautas en tiempo real—. Deberías tener un día claro y seco. ¿No podría ser la sombra de la montaña? Ya casi son las dos de la tarde. Si el sol se pone por el otro lado...

—Vengo aquí dos veces a la semana, hombre. Sé cuándo oscurece.

Illyana se asomó por encima del hombro de Dannion. —Raynolds, aquí Jorres. ¿Seguro que son nubes?

—¿Y yo qué sé? Estoy en la cúpula de las orugas, no veo nada a través de las pantallas geodésicas. Y aquí cada vez hay menos luz. Me voy a la sala de la consola antes de que me haga falta una linterna para KRZRRZKRZKRZZZKKKK.

El suelo tembló.

—¿Qué diablos ha sido eso? —Dan le dio unos toques a los comunicadores, intentando restablecer la conexión.

A Illyana le pareció que el suelo seguía temblando, y entonces se dio cuenta de que era su sensor de alerta, vibrándole en la cadera. Miró qué indicaba. —Mierda.

Hesken, uno de los científicos, entró corriendo en la sala, resoplando por el breve esfuerzo realizado. —¿Terremoto? —dijo jadeando—. Odio los terremotos. No me digáis que este planeta es inestable, por favor.

Illyana lo apartó para pasar. —No lo sabemos, pero fuera lo que fuese ha puesto en peligro la integridad de la biosfera tres. Acabo de recibir una alerta: se ha roto el precinto y se han puesto en marcha los mecanismos de seguridad. Kortter, sigue intentando contactar con Raynolds.

Datos e informes fueron pasando por los monitores en rápida sucesión. Los ojos de Dan iban de una pantalla a otra, leyéndolos por encima, buscando una solución, o al menos una explicación. —¿Y tú qué?

Illyana cruzó la puerta sin mirar atrás. —Yo voy a salir ahí fuera.

* * *

Seis átropos llegaron aullando desde el cielo violáceo, soltando una lluvia de cohetes de retroceso sobre los zerg. El valle se iluminó con el fuego mientras Brach hacía girar la nave de cabeza para efectuar otra pasada.

—Primer ataque letal, Comandante —dijo por su casco auricular—. Átropos, comencemos la segunda pasada.

En la base de Krakulv, Lee bufaba con los puños cerrados y en silencio. Sabía, tal vez solo a nivel subconsciente, que Brach la iba a desobedecer y a sacar los átropos. Estaba al tanto de las salidas de práctica que organizaba cada mes durante la medianoche lunar cuando creía que nadie miraba.

Si sobrevivían a esta batalla, puede ser que lo amonestara. Pero ahí estaba la cuestión: si sobrevivían. Cuando se trataba de un asunto de vida o muerte, un consejo de guerra era la menor de las preocupaciones de un soldado.

Los dejó marchar y encomendó al personal del centro de mando que les diera apoyo táctico total. Ahora que ya estaban ahí fuera, no tenía mucha opción.

Brach se alineó para su segunda pasada de bombardeo, preparando todos los sistemas mientras colocaba el átropo en vuelo rasante. Para el primer ataque habían llegado con el dispositivo de invisibilidad activado desde la base y habían descendido en picado desde detrás del sol bajo, disparando en el último instante, antes de que los zerg pudieran llevar un supervisor a su posición... Y antes de que a estos cacharros se les acabaran los sistemas de invisibilidad, que iba a ser ya en cualquier momento. Al menos Lee había tenido razón en eso.

O sea que ahora los zerg sabían que venían. Brach solo podía confiar en rematar la jugada con la suficiente rapidez para evitar que llegaran refuerzos zerg antes de que sus hombres hubieran salido de allí.

—¡Fuego!

Brach se abatió sobre la columna de cucarachas, que ya no era una masa sólida de caparazones, sino una serie de huecos separados por los misiles de las átropos, y a medida que nuevos cohetes estallaban en el valle, más espacios aparecían...

Pero algo no iba bien. Él esperaba ver caparazones rotos y entrañas zerg esparcidas por tierra. En vez de eso, los huecos en la columna de cucarachas eran solo eso: huecos, como si las cucarachas se hubieran desvanecido en el aire.

O en el suelo.

Brach vio cucarachas enterrándose en el suelo, dejando que la superficie agrietada y polvorienta de la luna se las tragara para ponerse a salvo. Algunas estaban heridas, otras se enterraban como defensa preventiva. Las átropos necesitarían algo más potente que esos aguijones para eliminar a esos zerg en particular.

—¡Alejaos de las cucarachas! ¡Concentrad el fuego en...!

Antes de que pudiera terminar, un golpazo escalofriante invadió sus auriculares, y una onda de choque desestabilizó su átropo. Brach tiró de la palanca para equilibrarse, se fue hacia arriba, mirando alrededor para localizar la fuente de la sacudida, y vio el casco a medio desintegrar de otra átropo que caía al suelo en pedazos envueltos en llamas. Y detrás de ella, pasando a través de la explosión, un escuadrón de mutaliscos.

—*¡A las tres y arriba, Capitán!*

El grito de su hombre de apoyo sacó a Brach de sus pensamientos. Se giró para mirar al frente y vio a dos mutaliscos abalanzándose desde la atmósfera, directos hacia él.

* * *

Illyana se subió la cremallera del traje térmico y comprobó su estado. Todo en verde. La atmósfera de Garxxax era respirable, pero rica en nitrógeno, así que incorporó unos tubos nasales de oxígeno por si le faltaba aire. A continuación, se apretó bien las botas y comprobó dos veces si le quedaban bien selladas en las piernas del traje. No lo había hecho la primera vez que salió a la selva tropical, y una oruga zantar estuvo a unos segundos de colársele en la bota. Había visto los efectos de su excreción de mucosidades ácidas las suficientes veces en los monitores del laboratorio para saber lo fácil que podría haber sido que perdiera la parte baja de la pierna, y desde entonces no volvió a descuidar las botas.

Arma. Con suerte no la necesitaría —la mayoría de la vida salvaje indígena era dócil o temía a los terran—, pero nunca salía sin un arma personal. Eligió su vieja P220 y le hizo una comprobación manual rápida. Tenía casi tantos años como ella, e Illyana sabía que la mayoría de soldados viejos se habían pasado a nuevos fusiles más potentes. Pero la P220 nunca se encasquillaba, nunca fallaba. El arma más potente de la galaxia no servía de nada si la muy condenada no funcionaba.

Por último se bajó un visor sobre la frente, lista para protegerse los ojos del sol de la tarde. La biosfera tres estaba en la cara norte de una montaña, pero si se trataba de un problema generalizado tal vez fuera a tener que comprobar las otras avanzadas, y algunas estaban en zonas expuestas a la luz solar en su máxima intensidad. Debido a la extrema inclinación del eje de Garxxax, en esta época del año el sol podía tardar horas en ocultarse finalmente detrás del horizonte.

Dannion entró en la sala de preparación. —He localizado a Raynolds. Más o menos.

—No vayas de modesto, Dan; no te pega.

Él no respondió, e Illyana se dio cuenta de que la expresión que al principio había interpretado como de decepción era en realidad de miedo.

—Lo que quiero decir es que... aparece plano. La comunicación con la biosfera sigue cortada, pero he captado un rastro débil de su monitor de signos vitales. —Dan espiró.

Illyana se lo llevó fuera de la sala. —Has dicho que la señal era débil. Puede que no llegue correctamente. Sigue intentándolo, ¿vale?

—Creo que no deberías ir. Deberíamos pedir una evacuación ahora mismo. Un interplanetario tarda cuatro horas en llegar hasta aquí...

Lo acompañó hacia la sala de comunicación principal. —Estaré bien, Dan. Sé cuidar de mí misma.

* * *

El átropos describía espirales cerradas como un alienígena beodo, zigzagueando en todas direcciones mientras las explosiones de gujas dragón llenaban el aire que había ocupado un instante antes. Veinte mutaliscos lo perseguían por el cielo, escupiendo gujas encrespadas hacia su parte posterior mientras la nave se daba la vuelta y giraba en dirección a la base de Krakulv. Del lateral izquierdo le salía un humo negro.

En el centro de mando, Lee Treicher observaba los escáneres nerviosamente. Los cálculos de su personal indicaban que el átropos podría regresar al perímetro defensivo de Krakulv antes de que los mutaliscos establecieran contacto físico. Pero eran estimaciones someras, y al no tener en cuenta un turbofán dañado resultaban aún menos fiables.

—Diez segundos para alcanzar el perímetro defensivo, Comandante.

El átropos ejecutó un tonel volado para evitar a un grupo de mutaliscos que concentraban su fuego en el costado derecho. Un puñado de gujas explotaron a la vez, cayendo en cascada como el rastro de unos fuegos artificiales.

—Cinco segundos. Cuatro. Tres. Dos...

—¡Fuego todos los cañones! —gritó Lee.

Los soldados que manejaban las armas pesadas recibieron la orden alto y claro. A un cuarto de klick de los muros de la base, el cielo se ennegreció con una cortina de fuego antiaéreo, perforando carne y alas de mutalisco. El átropos descendió para evitar la parte final de la barrera de fuego.

—*Joder, chicos, dejadme entrar antes de que me la incendiéis!*

La voz de Brach crepitaba entre la energía estática y el golpetazo sordo de las explosiones cercanas, pero Lee lo oyó perfectamente. Se odió a sí misma por sonreír, cuando los otros cinco pilotos que Brach se había llevado consigo habían sucumbido al fuego de mutalisco o a los hidraliscos que habían aparecido momentos después. Pero a cada minuto que pasaba, más parecía aquello su última batalla y, favoritismo o no, Lee quería a su marido a su lado cuando viniera lo peor.

—Cuando aterrices preséntate en el mando central lo antes posible para informar, Capitán.

Cinco minutos después allí estaba, de nuevo con su traje de combate CMC como si nunca se hubiera ido. Pero su expresión delataba una historia muy distinta.

—Hemos eliminado a un par de escuadrones, Comandante. Calculo que hemos ganado dos o quizás tres horas mientras se reagrupan y vuelven a organizar la oleada terrestre.

—¿Ha valido la pena?

Brach se puso tenso. —No me corresponde decidir eso, Comandante. Los hombres cumplieron con su deber, igual que todos nosotros.

Lee suspiró. —¿Y qué tenemos de información? ¿Había algo que indicara cómo será la línea de ataque zerg cuando lleguen aquí?

Brach vaciló. —Es difícil de decir. Se enterraban en la roca como si fuera arena.

—¿Alguna vez has salido a pasear fuera de la base? Dame una pala y hasta yo podría enterrarme en esta luna.

Brach ignoró el sarcasmo de su mujer. —¿Y has podido curarte una pierna herida en cinco segundos mientras estabas ahí abajo?

Los ojos de Lee se ensancharon. —¿Qué?

—Creía haber matado a media columna en mi primera pasada. Y luego, al volver a pasar, vi a un puñado de ellos enterrarse bajo la superficie... Y después de la emboscada de los mutaliscos volví a mirar abajo y juro que casi todas las cucarachas salían del suelo como nuevas. Era como si les hubiera disparado serpentinatas.

Lee se apretó los labios en una mueca severa y asintió con la cabeza.

* * *

El aterrizaje no había sido benévolo con el behemot, y necesitaría tiempo para recuperarse. Más tiempo del que los zerg que transportaba en su interior podrían sobrevivir sin sustento. Además, hacía falta explorar.

Kerrigan los guió para que salieran de la forma inconsciente del behemot y bajaran al terreno. El planeta era cálido, húmedo, montañoso y traicionero, pero estas incomodidades no eran nada para los zerg. Muchos portadores de espinas, alados y demás avanzaron por la selva tropical como una marabunta, barriendo fauna y flora por igual.

Los mutaliscos se elevaron sobre el dosel de la selva para reconocer la zona. A través de ellos, Kerrigan vio una estructura cercana en la jungla. Dos cúpulas pálidas y edificios de metal más pequeños que se ramificaban desde ellas. ¿Terran o protoss? No importaba. Su interés principal residía en las instalaciones militares, cosa que aquello obviamente no era. Aun así, si albergaba vida podría alimentar a los zerg. Dio una única orden.

Atacar.

Los hidraliscos fueron los primeros en atravesar las pantallas blancas de la cúpula. Salió expulsado vapor y aire caliente, y el primitivo sistema de alerta terran encendió unas luces de colores intermitentes. El terreno dentro de la cúpula era igual que fuera, pero más cálido, con caminos de suelo duro que serpenteaban a través de la vegetación. Los hidraliscos los ignoraron y avanzaron en tropel...

Un sonido, un alarido de terran. Kerrigan espoleó a los hidraliscos.

Pequeñas criaturas parecidas a orugas, desconocidas para la mente zerg, caían de árboles y plantas al pasar los hidraliscos. Algunas se pegaban a los zerg, que acusaban dolor allí donde las orugas caían, pero la atención de Kerrigan estaba puesta en otro lugar.

Un único terran, de pie frente a una puerta de metal. Rezumaba miedo y desesperación, un cóctel embriagador que invadía y extasiaba los sentidos de los hidraliscos. Lo apuraron, saboreándolo, hasta que se acabó el aperitivo. El único olor que quedaba en el terran era el de la muerte.

Ahora los zergling estaban dentro de la cúpula, y siguieron a sus hermanos hacia la puerta. Pero nuevas orugas cayeron de los árboles mientras los zergling avanzaban sin orden ni concierto, y otros zerg acusaron dolor, algunos a niveles elevados. Kerrigan los hizo detenerse, sintiendo curiosidad ante el hecho de que una criatura tan pequeña como estas orugas pudiera hacer daño a los poderosos zerg.

Dispuso que algunos de los zergling examinaran las orugas, pero eran criaturas muy frágiles y morían con facilidad bajo las afiladas garras de los zerg. Desplazó su atención a los hidraliscos que había alrededor de la puerta, y se fijó en algo en lo que antes no había reparado.

La puerta estaba cubierta de más de aquellas orugas, y la superficie estaba picada con varios agujeros. Algunas orugas estaban dentro de esos agujeros poco profundos. El terran muerto llevaba fundas protectoras en las manos. A sus pies había aún varias orugas en un contenedor.

Las orugas no solo podían dañar la carne zerg; de algún modo también podían corroer el metal. Esto podía ser muy útil.

Kerrigan sintió un movimiento inesperado, y, a través de los ojos de los zergling, encontró el origen. Las orugas a las que habían matado por accidente se estaban retorciendo. Las que solo estaban heridas ya estaban moviéndose de nuevo, sin señal de daño alguno.

Muy, pero que muy útil.

* * *

—El destructor de evacuación ha contactado, Comandante. Tiempo estimado, sesenta minutos.

Lee lanzó un suspiro de alivio. Cuarenta minutos antes, los zerg habían rodeado por completo la base de Krakulv. Ahora estaban castigando los muros con todo lo que tenían, incluidas descargas ácidas de las cucarachas, mientras los mutaliscos efectuaban ataques relámpago desde el aire. Los muros estaban aguantando, y Brach se encargaba de rechazar las oleadas de mutaliscos al mando de las baterías de cañones antiaéreos. Pero Lee sabía que solo era cuestión de tiempo que los zerg penetraran en la base lunar.

Sesenta minutos. Si los muros y los cañones resistían todo ese tiempo, podría sacar de allí al resto de soldados, con un total de bajas de menos del treinta por ciento. Mucho mejor que su estimación tras el primer ataque.

Los bombardeos de los mutaliscos quedaban aplazados de momento. Lee centró su atención en las transmisiones desde el exterior de los muros, pinchándolas en la consola principal. El castigo implacable de los zerg había dañado ya muchos sistemas esenciales de los muros, y lo que llegaba era poco más que energía estática y distorsión. Entrecerró los ojos, intentando distinguir formas y

movimiento en aquellas señales difusas. Estaban los zergling; estaban los hidraliscos y las cucarachas...

Vio algo, o creyó verlo, que hizo que el corazón le diera un vuelco. Retrocedió a treinta segundos antes y lo vio de nuevo. Volvió a la transmisión en directo, y ahí estaba otra vez. Y otra.

Tomó aire para informar a Branch de lo que había visto, pero la voz del capitán le llegó a través de los auriculares antes de que pudiera hablar.

—*¡Lee, algo pasa en el suelo! Es difícil de distinguir... En Krakulv no hay actividad sísmica, ¿no?*

—No es un terremoto, Brach. Acabo de verlo en la transmisión.

Lee hizo ademán de activar la señal de alerta roja en la consola, y entonces recordó que llevaba encendida desde el amanecer. Se tocó el casco auricular y habló para todo el mundo.

—Atención a todas las unidades. Las cucarachas están excavando túneles por debajo de los muros. Repito, las cucarachas no están simplemente enterrándose; ¡ahora también pueden moverse por el subsuelo! ¡Que todos los que no manejen artillería vayan al patio inmediatamente!

Las señales internas mostraban a soldados corriendo desde todos los rincones de la base, dirigiéndose al patio. Entonces, Lee recordó lo que Brach había visto en el valle.

—Usen solo las armas más pesadas y confirmen cada muerte. ¡Repito, hay que asegurarse al cien por cien de cada muerte! ¡Estos bastardos se curan como el rayo, así que no se limiten a herir! ¡Si van a enterrarse, láncales una granada!

Mientras los soldados llegaban en tropel a los patios, con sus fusiles de asalto C-14 "Empaladores" amartillados y listos, las primeras cucarachas atravesaban el agrietado suelo lunar del interior de los muros. La base se iluminó con los disparos cuando las tropas de Lee plantaron batalla a los zerg. Las cucarachas respondieron con descargas ácidas y potentes miembros quitinosos que desgarraron a un soldado por la mitad ante la mirada de la Comandante. Otro cayó cuando una cucaracha emergió del suelo sobre el que él se encontraba. Lee lo vio forcejear mientras la cucaracha lo arrastraba hacia abajo, y obtuvo solo una macabra satisfacción cuando del agujero brotó una lluvia de tierra y trozos de caparazón. El soldado había hecho estallar una granada como último recurso.

Diez minutos después, la batalla no pintaba bien. Las cucarachas eran grandes, estaban bien blindadas y sus heridas se regeneraban tan rápido como los Empaladores de los soldados podían infligirlas. Lee contó cinco cucarachas muertas, pero a costa de treinta soldados y contando. Sus hombres intentaban mantener la distancia, pero con las cucarachas saliéndoles literalmente de debajo de los pies no había donde esconderse.

Y entonces las cucarachas se dieron la vuelta.

Lee esperaba que se estuvieran retirando, preparándose para regresar por los túneles de debajo de los muros, pero entonces comprendió que meter a las cucarachas dentro era solo el primer paso. No habían podido atravesar los muros de la base, reforzados para resistir todo ataque desde el exterior salvo prácticamente los más intensos, con el refuerzo de armas de vigilancia automáticas. Pero aquí

dentro no había centinelas automáticos ni contrafuertes. Tan solo gruesos bloques de neoacero, que las cucarachas atacaban ahora con descargas de ácido concentradas, con tres de ellas para cada punto de ataque individual. Los soldados les lanzaron andanadas de Empalador, pero otras cucarachas se interpusieron, actuando como escudos vivientes para proteger a sus compañeros zerg.

Los mutaliscos hicieron una pausa, probablemente a la espera de que las cucarachas terminaran de abrir brecha. Es lo que Lee habría hecho. Pero eso la dejaba a ella con un arma y con una difícil decisión que tomar. Respiró hondo.

—Brach, saca los limitadores giroscópicos de los cañones antiaéreos y concentra el fuego sobre las cucarachas.

—*¿Cómo dice, Comandante?*

—¡Que los apuntes hacia abajo, maldita sea! ¡Son las únicas armas que tenemos lo bastante grandes para cargárnoslas antes de que perforen los muros!

—*¡Los nuestros siguen ahí abajo!*

—¡Lo sé!

Brach cortó el enlace de comunicación.

Lee aguardó, impotente, mientras el ácido de las cucarachas corroía lentamente los muros de la base, molécula a molécula. La sección 4D estaba cediendo rápidamente.

Una descarga ensordecedora de fuego antiaéreo cayó sobre el patio, despedazando a un grupo de cucarachas. La onda expansiva arrojó a tres soldados hacia atrás, lanzándolos por los aires.

—*¡Todo el mundo atrás! ¡Repito, mantengan la distancia y no ataquen!* —La voz de Brach llegó alto y claro a través del comunicador general mientras los cañones antiaéreos seguían destrozando el patio.

Lee comprobaba la situación de los muros mientras su personal la iba informando a gritos.

—¡La sección 8C está cayendo!

—¡3B al ochenta por ciento!

—¡4D ha caído!

—*¡Recibido alto y claro! ¡Voy a centrarme en esas zonas!*

Más fuego de cañón cayó sobre el patio, concentrado en las cucarachas que atacaban los puntos más débiles. Allí donde las secciones de muro ya tenían una brecha, Brach trasladaba el fuego del patio al agujero en sí, disparando contra los zerg que llegaban en manada.

Ahora los mutaliscos comenzaron a atacar de nuevo, alejando el fuego del suelo al abalanzarse desde el aire soltando un torrente de gujas sobre los soldados de abajo.

Lee consultó su cronómetro. Cuarenta minutos.

* * *

Illyana y Dan entraron juntos en la sala de comunicaciones. Dan se puso a intentar intensificar la señal del monitor de constantes vitales de Reynolds con la respiración acelerada mientras pulsaba botones y retocaba configuraciones.

Illyana encendió la consola del asistente extravehicular y activó la secuencia de calentamiento para uno de los jeeps de selva. Eran mohicanos modificados, pero el Dr. Callins —científico jefe del proyecto y director de biomorfología— los había llamado " jeeps de selva" el primer día. Illyana no estaba segura de si a los científicos les resultaba muy gracioso o si todos le hacían la rosca a Callins, pero sea como fuere, con ese nombre se habían quedado.

Dan levantó la vista de la consola. —¿Qué es ese ruido?

Illyana se giró, intentando ubicar el sonido, antes de darse cuenta de que procedía del bolsillo de su traje térmico. Su sensor de alerta vibraba de nuevo. —Oh, no... —Comprobó la situación—. La esfera seis está en peligro.

—Es la que está más cerca de la tres, hacia el oeste. ¿Había allí alguien...?

—No, hoy solo estaba atendida la número tres, menos mal. ¿Qué demonios está pasando?

El Dr. Callins irrumpió en la sala. —Kortter, ¿se ha cargado la señal? ¡Acabo de perder todo mi panel de monitores de la esfera seis!

Callins tenía el típico mal genio del científico. Illyana se interpuso entre él y Dannion para que la inevitable discusión no fuera a más. —No es cosa nuestra, señor. La seis está en peligro, igual que la tres.

—¿Entonces a qué puñetas espera? ¡Salga ahí fuera y arréglole!

—Es lo que iba a hacer. Si se tranquiliza un momento... —El sensor de alerta, que tenía aún en la mano, sonó—. Y ahora hemos perdido la esfera uno.

—¿¡Qué!?

Illyana ignoró a Callins y abrió el mapa de avanzadas. Las biosferas estaban dispuestas siguiendo un patrón más o menos circular, cada una a una distancia de entre diez y veinte clicks de la base central. Estaban lo bastante cerca como para llegar a ellas con relativa facilidad, pero lo suficientemente separadas para garantizar una buena variedad de entornos. La esfera tres estaba aproximadamente al noroeste de donde ellos se encontraban. La seis estaba al oeste de la tres. La uno al sudoeste de la seis...

—Dan, mira esto. Tenías razón: están cayendo en orden. En el sentido contrario a las agujas del reloj, en círculo.

La expresión de Dannion le dijo a Illyana que preferiría haberse equivocado. —¿Pero en orden de qué? No hay ninguna razón para que las esferas caigan en una secuencia. Son autónomas, con sistemas paralelos dedicados. Lo único que tienen en común somos nosotros.

Illyana volvió a mirar el orden y recordó las palabras de Reynolds: *«Es como si la luz se hubiera ido de repente»*.

—Activa la alerta máxima. Dan, haz venir ese interplanetario. Dr. Callins, reúna a su personal y asegúrese de que se lleven a cabo todos los preparativos de evacuación. Tienen cuatro horas.

Callins protestó, farfullando: —¿Qué...? Pero... usted no puede... —Illyana lo echó de la sala mientras seguía protestando. Sabía que ella era el miembro menos respetado de los trabajadores del planeta, pero técnicamente la seguridad estaba por encima del personal no armado, así que Callins tenía que aguantarse.

Los dedos de Dannion estaban inmóviles sobre la consola. —Illyana... no salgas ahí fuera. Por favor.

Ella esbozó una sonrisa triste. —Dan... Nada me gustaría más que quedarme aquí y esperar a la evacuación. Pero no puedo. Es mi trabajo. —En el fondo, a pesar de todo el horror y el trauma, Illyana Jorres seguía siendo una soldado. Y no podía quedarse parada mientras... mientras...

No quería ni pensar en la palabra.

* * *

—Base de Krakulv, aquí el destructor del ejército Victoria. Tenemos contacto visual; respondan, por favor.

Cinco minutos antes de lo previsto. Lee cambió al canal exterior de su casco auricular. —Victoria, aquí base de Krakulv, al habla la comandante Lee Treicher. Me alegra oírlos. Aquí estamos bien jodidos. Tengo aproximadamente entre uno-cero-cero y uno-cinco-cero supervivientes para evacuar; solicito instrucciones.

—Eso parece estar muy concurrido, Comandante. ¿Podemos hacer aterrizar un destructor en su bahía?

Lee renegó entre dientes. Krakulv no había sido diseñada para una nave del tamaño del Victoria. Nadie había pensado que fuera necesario. —Negativo. ¿Pueden posarse fuera de los muros?

—Negativo también. Hay un manto de zerg que se extiende medio click en todas direcciones.

—¿Tienen ya nuestras medevacs?

—Afirmativo, están todas.

—Entonces escuche. Aquí nos queda una medevac. Enviénnos tres más vacías, y luego colóquense sobre la base y denos fuego de artillería aire-tierra para hacernos ganar tiempo.

La línea quedó en silencio. Lee sabía que el capitán de la nave estaría sopesando su sugerencia, pero era la única opción sensata. Incluso un destructor básico como el *Victoria* iba cargado de artillería suficiente como para que los zerg se lo pensarán dos veces, y tenía un blindaje suficiente para resistir contraataques.

La línea resucitó entre chasquidos. —*Recibido, Comandante. Es un buen plan. Tiempo estimado para posición de fuego: tres minutos. Lanzaremos las medevacs desde allí.*

Lee se pasó los siguientes tres minutos coordinando a sus soldados. Mandó a las tropas heridas a la medevac que quedaba en la base, y ordenó a todos los demás que se replegaran dentro del edificio. Luego envió al personal mínimo que aún estaba en el centro de mando al muelle de las medevacs. Al principio se opusieron, pero cedieron cuando ella les lanzó esa mirada fría que tan bien funcionaba con Brach. Fueron saliendo en fila... y se encontraron con su marido, que se abría paso en dirección contraria.

—¡Lee! ¡Venga, vámonos!

Una luz verde en la consola principal indicó que el piloto de la medevac estaba listo. Lee abrió las puertas acorazadas del hangar. —Ve tú delante, Brach. Yo me quedo hasta el final de la evacuación.

—¡Esto es el final de la evacuación! El destructor se está colocando en posición. ¡Esta base no es una nave estelar, Lee, ni tú eres la capitana! ¡No tienes por qué hundirte con ella!

—No es mi intención. Pero no podemos arriesgarnos a que los zerg se hagan con nuestros datos, y no hay tiempo para borrarlo todo.

—¡Pues activa las bombas nucleares de autodestrucción y vámonos!

—No es tan sencillo. Si les pongo muy poco tiempo, podríamos destruir el *Victoria* y a todos los que van a bordo. Si les pongo demasiado, los zerg podrían irse tras habérselo llevado todo antes incluso de que las bombas estén cebadas.

—¿Entonces qué sugieres?

Lee miró la consola. Con los soldados retirándose, los zerg ya comenzaban a penetrar por los sectores exteriores del edificio principal. Y las cucarachas harían trizas las puertas acorazadas del grosor de un tabique, incluida la de aquí en el centro de mando. Se giró hacia Brach y sonrió. —¿Te acuerdas de cómo me opuse a que trajéramos la vitrina de trofeos?

—Sí...

Se puso de puntillas y lo besó en la mejilla. —Bueno, pues eres un genio. Este es el plan...

* * *

El jeep de selva vibraba por el terreno agreste, atravesando la maleza de la selva tropical tan rápido como Illyana se atrevía a conducir. Lianas y enredaderas golpeaban el parabrisas, partiéndose y cayendo mientras insectos y pequeños primates se dispersaban ante el vehículo.

La sombra de la montaña convirtió el sol de la tarde en un fulgor crepuscular, pero Illyana divisó la biosfera en la distancia, cien metros más arriba en la ladera. Desde aquí parecía estar bien. Tal vez saliera una neblina fina de una de las cúpulas, pero este era un entorno húmedo. Aquí había visto a veces salir vapor de la roca desnuda, solo por el calor de la selva tropical.

Illyana giró para volver a poner el jeep de selva en el camino de tierra. Ahora estaba ya tan cerca que apenas habría diferencia, e intentar subir por la ladera de una montaña de Garxxax en un mohicano era buscarse problemas.

Llegó a la base y aparcó. Definitivamente, algo pasaba. La base estaba completamente a oscuras, sin la menor señal de corriente o de vida. La cúpula más cercana mostraba grietas que se extendían como una telaraña por su armazón geodésico. La puerta de entrada principal había sido arrancada del marco, golpeada y arrojada al suelo del bosque, y dentro Illyana solo veía devastación.

El centro de control daba la sensación de que animales salvajes hubieran arrasado el lugar, destruyendo sin miramientos equipo, consolas y mobiliario. Cables de corriente enredados silbaban y echaban chispas, colgando de paneles reventados. Las placas del suelo estaban destrozadas, como rotas por los cascos de una manada de bestias. ¿Había en el planeta alguna forma de vida nativa de la que no supieran? ¿Alguna bestia enorme que pudiera pasar en estampida por una estructura así?

Abrió su comunicador. —Kortter, aquí Jorres. Estoy en la esfera tres, y no pinta bien. Está casi totalmente destruida.

La respuesta de Dan estaba cargada de energía estática. —*Apenas te recibo, Jorres... ¿Estás bien? El sonido... nada de nada. La comunicación está fallando... ¿... ahí?*

—Estoy bien —mintió—. Pero dime que has pedido esa evacuación.

—*Afirmativo... ya antes de que te fueras... noventa minutos... vuelve.*

—Está bien; te recibo. Con un montón de energía estática, pero te recibo.

—*No, tarada... ¡vuelve! Cuatro esferas más... pasando... ¡salir de aquí!*

Cuatro esferas más caídas. E Illyana apostaría sus ahorros a que seguían cayendo en aquel patrón circular. Un patrón que, lenta pero metódicamente, iba rodeando la base central.

Llegó a la esclusa de aire de la esfera principal. Cada esfera tenía una, para preservar la integridad de su ecosistema. Las puertas estaban programadas para cerrarse automáticamente si se vulneraba la integridad de la esfera, pero introdujo un código de control manual de seguridad mientras contenía el aliento.

La puerta se abrió con un fuerte sonido metálico. Al menos esos sistemas seguían en marcha. El asa de metal quemaba, lo cual atribuyó al hecho que se hubieran estropeado los controles medioambientales, hasta que recordó dónde estaba.

En la biosfera tres se investigaba sobre dos formas de vida indígenas. Una era un árbol cuyas enredaderas exudaban una extraña savia que se pegaba al neoacero como pegamento. Estaban intentando averiguar si podían usar esa sustancia como agente de refuerzo para el neoacero. El problema era que la savia era también muy inflamable. Para generar un fuego bastaba con un disparo... o, como habían descubierto, una reacción química incendiaria en los habitantes de la segunda cúpula.

La oruga zantar medía solo unos centímetros, pero excretaba una mucosidad altamente corrosiva cuando se sentía amenazada para disuadir a los depredadores. La mucosidad podía corroer el neoacero... e inflamar la savia si entraban en contacto. En la naturaleza, las orugas y las enredaderas vivían en extremos opuestos del continente. Pero a veces el tiempo y el azar las juntaban, generando una reacción explosiva que tenía entusiasmado a Raynolds, un químico biólogo. Una vez dijo en broma que las tormentas tropicales de Garxxax eran lo único que evitaba que el planeta quedara calcinado. Pero en las biosferas artificiales podían controlar y examinar la reacción sin peligro.

El siguiente problema era atrapar a las orugas. No eran inteligentes en sí, pero tenían el suficiente instinto de supervivencia como para salir pitando ante un peligro. Prueba de esto se halló en el suelo de la selva tropical del planeta, donde conjuntos de minúsculos socavones apuntaban a grupos de orugas zantar que se habían enterrado en el subsuelo.

Raynolds y sus colegas estaban intentando descifrar la composición de la mucosidad que permitía a las orugas transportarla sin ser dañadas por sus propiedades corrosivas. El misterio parecía guardar relación con su extraño metabolismo, lo que significaba que sanaban a una velocidad increíble. Hesken le había enseñado una vez a Illyana un vídeo de una oruga a la que prácticamente partían por la mitad y que luego se recomponía sola y seguía adelante como si nada hubiera pasado. El proceso había tardado menos de un minuto, e Illyana le había preguntado a Hesken si el vídeo estaba acelerado. Este se rió y dijo que era en tiempo real. No hacía falta grabarlo a intervalos.

Ahora Illyana miraba a su alrededor la devastación dentro de la esfera, y se preguntaba qué podía haber salido mal. El ecosistema de la savia de las enredaderas estaba prácticamente arrasado. Los aspersores se habían puesto en marcha y habían salvado algunas de las lianas, pero no antes de que el calor del fuego hubiera abierto la cúpula por arriba.

El suelo estaba lleno de cadáveres de oruga carbonizados. Supuso que eran víctimas de los experimentos de Raynolds, liberadas cuando sus tarros y jaulas se quemaron.

Comprendió lo equivocada que estaba cuando rozó una enredadera al pasar y una lluvia de orugas zantar cayó sobre ella. Tuvo suerte: ninguna de ellas le tocó la cabeza, el visor o el tubo de oxígeno. Pero varias le cayeron en el brazo derecho y reaccionaron de forma instintiva antes de que pudiera quitárselas de encima. Algunas cayeron sobre enredaderas, inflamando la savia. Estas se marchitaron y cayeron mientras los fuegos se consumían rápidamente al no tener ya adonde propagarse.

El dorso de la mano le quemaba tanto como las llamas. Un dolor punzante le subió por el brazo, y se dio cuenta de que no las tenía solo en la mano. La mano simplemente tenía más receptores nerviosos para sentir el dolor.

Se sacó el guante, se arrancó frenéticamente la manga del traje térmico desde el hombro y contempló horrorizada. Partes de piel de su mano y su brazo echaban humo y siseaban mientras el ácido de las orugas se asentaba en su carne. En el suelo, el tejido de la manga y del guante de su traje térmico se derretía como el hielo. La mucosidad había corroído incluso las partes de protección de neoacero que habían cubierto sus principales músculos.

Illyana gritó. El dolor no se parecía a nada que hubiera sentido jamás, ni siquiera en la guerra. Y lo que era peor, ni tan solo era una herida infligida por el enemigo, sino un percance que a fin de cuentas se debía a su propia estupidez. Se sintió como una novata, y maldijo su tozudez. Debería haberle hecho caso a Dan y haberse quedado en la base central para ayudar en los preparativos para la evacuación.

Pero no lo hizo. Y esa misma tozudez era lo que le hizo seguir adelante, sacándose su P220 con la mano izquierda. Las orugas se habían escapado aquí de algún modo y habían prendido la savia de las enredaderas, arrasando el ecosistema de esta cúpula. ¿Pero cómo?

Regresó al destruido centro de control. Estaba claro que las orugas y el fuego de la savia no habían causado todo el daño de esta zona. ¿Qué había hecho esto, pues? Enfiló el segundo corredor hacia la cúpula de las orugas y encontró la respuesta a su primera pregunta. La puerta interior de la esclusa de aire había sido arrancada de sus goznes y estaba tirada en el suelo, doblada y vapuleada.

Estaba salpicada de agujeros y, tendida ahí en el suelo, parecía uno de los grupos de socavones que había fuera. Las orugas la habían atacado por alguna razón.

Fueron muchas las posibilidades que se le pasaron por la cabeza, y levantó la pistola al cruzar la entrada. El brazo derecho, lo que quedaba de él, ya no le hacía daño. Era solo un dolor sordo. O estaba a punto de entrar en shock, o de alguna forma su cerebro había aislado los receptores de esa parte de su cuerpo. De cualquier modo, no era buena señal. Aunque pudiera salir de aquí, el brazo le quedaría inútil. Se preguntó si la compañía le pagaría un miembro cibernético como compensación.

Oyó una risa sardónica que provenía de algún lugar y entonces se dio cuenta de que era su propia risa. Estaba ardiendo. Los controles de temperatura del traje térmico se habían desconectado cuando se arrancó la manga, y ahora le caía sudor por la cara y le escocían los ojos.

Logró centrarse a una velocidad extraordinaria cuando casi tropezó con el cadáver de Reynolds pasada la entrada.

Estaba irreconocible, desgarrado y destrozado. Pero era un cuerpo humano, caído seguramente donde dijo sus últimas palabras, esa llamada a la base que Illyana había oído por encima mientras hablaba con Dan.

Las grietas que había visto desde fuera estaban en esta biosfera, pero desde este lado era todo mucho peor. Estaba casi completamente destruido. Por todas partes había fragmentos de pantallas difusoras hechas añicos. Las plantas del ecosistema en miniatura, tan cuidadosamente dispuestas para reproducir las condiciones de la selva tropical, estaban pisoteadas y echadas a perder. Varios de los árboles más grandes habían sido arrancados de raíz.

Miró al suelo en busca de nuevas orugas y comprendió que, fuera lo que fuera lo que había causado esto, no había sido una estampida de animales salvajes. Las baldosas no solo presentaban marcas profundas de garras. También tenían quemaduras, espinas dentadas incrustadas en la superficie y un rastro de escombros pisoteados. Era todo lo bastante familiar como para que se le hiciera un nudo en el estómago.

Tras una esquina, detrás de una sección elevada de enredaderas de bosque, algo centelleaba entre las sombras. Illyana se acercó, pisando con cuidado. Sin pensar, dio un rodeo por el otro lado para estar más resguardada, cubriéndose la espalda con una de las pocas secciones de la cúpula geodésica que aún se mantenían en pie. Su olfato se vio agredido por el olor de algo pudriéndose. Se quitó poco a poco los tubos de oxígeno de los agujeros de la nariz, lo suficiente para poder oler bien, y volvió a colocárselos de inmediato. Era un olor fétido, una mezcla de putrefacción y un ácido penetrante.

Se le cortó la respiración cuando dobló la esquina. El suelo estaba cubierto por un amasijo de carne membranosa palpitante en ebullición, podrida y viva a la vez. Desprendía efluvios de vapor tóxico que ascendían y salían por la cúpula rota.

Y en el centro, girándose para encararla a ella, se hallaba una criatura que tal vez en algún momento había sido una oruga zantar. Ahora era el doble de grande y su carne marrón se estaba endureciendo para convertirse en un caparazón salpicado de membranas pulsátiles de un morado intenso.

La criatura no se movió, pero Illyana sí, reculando poco a poco. Encontró lo que buscaba en la primera biosfera, un contenedor de líquido marrón viscoso que el fuego no había dañado. Se lo llevó de vuelta a la cúpula de las orugas, lo depositó en el suelo junto a aquella materia carnosa putrefacta y rompió el seguro con su mano buena.

Tras echarse atrás, arrojó el líquido a la oruga en metamorfosis del centro, sacó su P220 y disparó un único tiro a la savia de enredadera que se extendía cada vez más.

Se encendió con un destello brillante y se propagó, despidiendo gases negros que hicieron a Illyana retroceder entre tropezones con lianas y árboles arrancados. Se dio la vuelta para correr, y a través del armazón roto de la cúpula atisbó una enorme forma oscura en el exterior, en un recoveco cercano de la montaña. No pudo verlo bien —demasiado oscuro, demasiado lejos y no podía entretenerse—, pero reconoció al behemot al instante.

Las marcas de garras, las espinas del suelo, la oruga zantar mutante... Podrían haber sido todo coincidencias. Pero ahora no cabía duda.

Los zerg habían regresado. Y habían venido a Garxxax en gran número.

* * *

Los zerg atravesaron la puerta debilitada por el ácido como si fuera papel mojado. Brach se giró y disparó, matando a cuatro zergling antes de oír el silbido de la siguiente puerta al abrirse.

—¡Vamos, Brach! —gritó Lee, mirando con envidia el casco mientras sus desprotegidos oídos le pitaban por los disparos. Ella ya había cruzado la siguiente puerta y posaba la mano en el cierre. Brach pasó corriendo, agachándose mientras Lee pulsaba el botón de cierre de emergencia. Quedaban dos mamparos por cruzar.

Pasaron el siguiente antes de que los zerg echaran abajo la puerta a sus espaldas, y Brach lanzó un suspiro de alivio. Estaban poniendo un poco de distancia de seguridad entre ellos y sus perseguidores.

—*Capitán, estamos listos. ¿Cuál es su situación?* —resonó la voz del piloto en los auriculares de Lee.

—Vamos a entrar en el hangar —dijo—. Manténgase alerta.

Se abrió la última puerta, que daba al hangar. Estaba vacío, salvo por el átropos destrozada de Brach y la última medevac, repleta de soldados, con la rampa bajada y a la espera. Lee y Brach eran los últimos en irse. Los motores de la medevac rugieron; el piloto mantenía el estrangulador justo por encima del ralentí, muriéndose de ganas de darle a fondo y salir de ahí a toda prisa.

Corrieron a través del hangar, con Lee delante y yendo lo más rápido que podía. Brach podría haberla adelantado tranquilamente gracias a los servos de su traje CMC, pero en vez de eso avanzaba lentamente, cubriéndole la retaguardia. Mientras se acercaban a la rampa de embarque, Lee oyó un crujido sordo, apenas audible por encima de los motores, procedente de algún punto por detrás de ellos. Echó la vista atrás justo cuando dos puertas de acceso auxiliares se abrían de golpe y cucarachas e hidraliscos se abalanzaban sobre el hangar.

Brach los vio, levantó el fusil y abrió fuego. —No te pares —gritó por el comunicador del casco—. ¡Yo te cubro!

Lee resistió el impulso de girarse y volver. Brach tenía razón: no estaba equipada para el combate, y él con su traje podría llegar a la nave en cuestión de segundos. Pero lo conocía, sabía la clase de riesgos que corría. —No —gritó, sin dejar de correr—. ¡Ve hacia la rampa! ¡Podemos llegar antes de que nos alcancen!

Brach pareció no hacerle caso y soltó una andanada de fuego de fusil contra los hidraliscos, matando a dos. Pero entonces comenzó a andar para atrás, disparando ráfagas cortas. Los cuerpos de los zerg se apilaban, bloqueando el corredor y haciendo que los zerg de detrás se tuvieran que esforzar para pasar. —Solo quiero asegurarme —dijo—. ¡Y ahora sube! ¡Voy detrás de ti!

Ella sabía que era mentira, pero se encaramó por la rampa de acceso de todos modos antes de girarse al fin. —¡Ya estoy! ¡Mueve tu culo fofo hasta aquí, soldado!

Brach comenzó a correr hacia la rampa, girándose de vez en cuando para disparar contra los zerg. Les lanzó una última descarga a las cucarachas antes de ir a saltar a la rampa, pero había perdido demasiado tiempo. Estaban más cerca de lo que había calculado. La cucaracha de delante se puso a dos patas y abrió sus fauces, vomitando un chorro de ácido cuando Brach había llegado a la rampa. Lo alcanzó por encima de la rodilla derecha, haciéndole perder el equilibrio. Cayó de bruces junto a Lee, quien contempló horrorizada cómo la armadura de neoacero humeaba y se disolvía ante sus ojos.

El daño hizo gritar a Brach, pero, incluso con el micrófono del casco, Lee apenas pudo oírlo por el ruido de motores. Se retorció de dolor, sacudiendo los brazos, e inmovilizó accidentalmente a Lee en suelo de la rampa. Esta forcejeó debajo del traje intentando llegar al cinturón, arqueando el hombro en busca de una granada. Algo le hizo clac en la articulación del hombro, pero no sintió dolor. Sus dedos aferraron la lisa y fría piña explosiva. Tiró del brazo para sacarlo, lo levantó y lo bajó mientras la soltaba.

—¡Vamos, vamos! ¡Cierren la rampa! —gritó a su casco auricular. La granada describió un arco en el aire, reflejando la luz del sol que entraba en el hangar abierto. Cayó en la tosca boca de la cucaracha que había herido a Brach.

Lee observó al zerg explotar a través de la estrecha rendija entre el casco de la nave y la rampa al cerrarse. Dos soldados se apresuraron afanosamente a darle la vuelta a Brach mientras otro le gritaba algo al piloto. Los motores giraron a máxima potencia. La medevac se levantó del suelo, giró noventa grados y frió a los zerg con sus tubos de escape mientras se alejaba.

Brach, tendido aún en el suelo, giró la cabeza hacia Lee y se levantó el visor. Sonrió, hizo una mueca de dolor y sonrió de nuevo.

—Siempre dije que hacíamos buena pareja.

* * *

Dannion contempló aterrado y resignado cómo perdía el contacto con la última biosfera. La nave de evacuación tardaría aún treinta minutos. Se preguntó si la base central aguantaría tanto tiempo. Si perdían la corriente, la nave tendría que guiarse por coordenadas manuales para encontrarlos y aterrizar, pero el terreno montañoso de la selva tropical complicaría las cosas. Había un lugar adecuado cerca de allí: el mismo sitio que se usó para hacer aterrizar los transportes que los habían traído a ellos y al laboratorio a Garxxax. Pero después de seis meses en desuso, la selva tropical estaba reclamando la zona, e identificarla desde arriba sería difícil. Especialmente con una fuerte tormenta aproximándose al oeste.

El último contacto de Dannion con Jorres había sido hacía una hora, cuando le rogó que regresara. Desde entonces le había resultado imposible localizarla. Pero no había nada más que pudiera hacer por ahora. Entró en la zona del salón central, donde estaban reunidos Callins y el resto del personal. Faltaban dos miembros.

—Eh, ¿dónde están Hesken y Dirthiss?

Callins lo miró con el ceño fruncido. —Siguen en su dormitorio, haciéndose el equipaje. No pasa nada, tenemos tiempo.

Todos los demás estaban sentados por la sala, bebiendo y charlando. La mayoría se quejaban. Algunos de ellos miraban a Dannion con recelo. Habían estado discutiendo sobre los apagones, y Hesken incluso los había acusado a él y a Jorres de reaccionar de forma exagerada ante lo que era "claramente un fallo en la comunicación". Dannion había mencionado el informe de Jorres de que la

esfera tres estaba completamente destruida, pero Hesken le había restado importancia. Tal vez un árbol se habría caído, o se había desprendido una roca de la montaña. Quizás un meteorito errático había ido a parar por casualidad a la esfera.

No todos los científicos se quejaban. Algunos nunca habían estado en un proyecto en un sitio aislado como este, y se mostraban un poco inquietos. Pero la pérdida de la investigación los había afectado a todos, incluso a Dannion. Él era esencialmente un físico, y había estado dedicando su tiempo libre a realizar análisis de ondas de radio del espacio profundo. Había descargado tantos datos como había podido, pero, desde que el sistema de comunicación en sí comenzó a fallar, la corrupción de datos había sido un problema. Los datos podían perfectamente ser inútiles cuando volvieran a Korhal. Una víctima más.

Un estrépito interrumpió sus pensamientos. —¿Qué diablos ha sido eso?

Callins hizo un gesto en dirección al dormitorio de Hesken. —Seguro que Hesken ha visto su propia sombra y se le ha caído la caja de transporte. —Unos cuantos científicos rieron. Hesken tenía fama de ser nervioso, y evidentemente se sentía aún más agitado por la orden de evacuación.

Entonces, llegó un segundo estruendo. Dannion echó a andar por la sala, sorteando sillas y maletas. Antes de llegar al pasillo que llevaba al dormitorio de Hesken, sonó su comunicador personal.

—...A base... Jorres... Dan, ¿estáis ahí?

La línea estaba cargada de energía estática, pero se alegraba de oír su voz. —Illyana, ¿dónde estás? Llevo una hora intentando localizarte.

—Mal, Dan... Esfera estaba totalmente... zerg, estoy segura... intentando contactar...

Ahora los ruidos de estropicio del dormitorio de Hesken se combinaban con otro sonido: los gritos de hombres presos del pánico luchando por sus vidas.

Dannion gritó a los demás científicos: —¡Joder, están aquí! ¡Al arsenal! ¡Corred todos! —Giró sobre sí mismo, intentando recordar por dónde quedaba el "arsenal", que era poco más que un armario con media docena de pistolas. No servirían de gran cosa si Illyana tenía razón, y no podía asegurar al cien por cien que la hubiera escuchado correctamente...

Pero acabó siendo lo de menos.

Dannion, Callins y los demás científicos se quedaron petrificados y con la boca abierta ante el impresionante número de zerg que, desde los corredores de la base, irrumpieron en la zona del salón para rodearlos y arrollarlos.

No iban a tardar mucho.

* * *

La medevac aterrizó bruscamente. El compartimento del *Victoria* ya estaba lleno con sus propias naves de evacuación. La suma de la flota de Krakulv había agotado el espacio disponible.

Pero cualquier aterrizaje del que salieras por tu propio pie era lo bastante bueno. Los soldados comenzaron a desembarcar, saludados por los que habían llegado antes. Un equipo médico llegó corriendo, listo para llevarse a Brach y a varios otros soldados heridos al quirófano de emergencia. Lee los seguiría enseguida. Pero aún no.

En vez de eso, abrió la puerta de la cabina de la medevac y agarró el casco auricular del piloto.

—Capitán, aquí la comandante Treicher.

—*Bienvenida a bordo, Comandante. Sus chicos ya me han dicho que es usted la última...*

—Calle y escuche. Saque la nave de aquí ahora mismo. ¿Me oye? ¡Tenemos que salir de la órbita más baja!

—*Imposible, Comandante. Tenemos órdenes de limpiar la base de Krakulv con bombas nucleares antes de regresar a la estación.*

—¿Qué demonios cree que hemos estado haciendo aquí abajo, esperar al último momento para hacerlo más emocionante?

—...*Ah. Recibido.*

* * *

Los terran se habían ido, habían huido como los cobardes que eran, abandonando su valiosa base. Kerrigan exploró a través de los ojos de sus zerg, haciéndose un mosaico visual de lo que los terran habían dejado atrás. Gran parte de la tecnología era antigua o inútil para los zerg, y no se había detectado ninguna investigación biológica en toda la base. Pero era lógico: era una estación de alerta. Su sustento principal sería la información.

Los zergling se dispersaron por la base para tomar nota de cada metro cuadrado y señalarlo. Los mutaliscos hicieron lo mismo por el exterior de la base. Kerrigan no iba a dejar nada al azar.

Hidraliscos y cucarachas avanzaron por la base en dirección al centro neurálgico. Si había alguna información útil de los humanos en la luna muerta, estaría ahí. Kerrigan envió a sus cucarachas más avanzadas a atravesar con sus excreciones las puertas acorazadas, accediendo a un hervidero de luz y sonido que vibraba de actividad, un alma fantasmal de energía electroestática que proseguía eternamente con la vana esperanza de que regresaran los humanos.

La primera cucaracha detectó calor al pasar a través de los restos licuados de la puerta. Kerrigan percibió la sensación, pero le pareció intrascendente hasta que otros zerg comenzaron a sentir lo mismo.

Las llamas se esparcieron por las paredes del centro neurálgico, expandiéndose desde donde había estado la puerta acorazada. Un olor singular agitó a las cucarachas como una sola, despertando un vago y ancestral recuerdo grupal de selvas húmedas, montañas imponentes y exótica savia de enredadera.

El fuego se propagó por el techo. La longitud de onda de la luz varió, pasando a infrarroja. Una oleada de sonido en rápida oscilación inundó el espacio.

En lo más profundo de la luna muerta de Krakulv, unos sistemas se activaron con un zumbido.

* * *

La línea con Dannion se había cortado segundos después de que Illyana oyera los gritos, y sabía que no se debía a una mala conexión.

Había visto sus huellas al escapar de la cúpula dañada de la biosfera tres. Había oído sus movimientos distantes mientras metía tarros de savia de enredadera en una caja. Había oído las explosiones de las otras biosferas mientras conducía desesperadamente el jeep a una mano, con una de las típicas tormentas de Garxxax comenzando a rugir en lo alto.

Su brazo herido colgaba inerte e inútil a su lado. Y ahora tenía aún peor aspecto, como si el ácido se estuviera extendiendo de algún modo. A cada movimiento del jeep, un dolor le pinchaba en el pecho, a pesar de que no se salía del camino de tierra. ¿Era el ácido, o simplemente el dolor y el esfuerzo de intentar regresar a la base? Ni lo sabía, ni le importaba.

Cinco minutos antes había alcanzado a ver a un hidralisco en el espejo retrovisor al tomar una curva. Desde entonces no había visto ninguna otra señal de él, por lo que supuso que no habría reparado en ella.

Se equivocaba. Los árboles se astillaron cuando un zergling salió de repente del bosque y golpeó el capó del jeep. A Illyana se le escapó un grito e intentó dar un volantazo, pero las fuertes lluvias habían convertido el camino de tierra en un baño de lodo, y el guardabarros del jeep chocó contra su voluminoso cuerpo quitinoso. Un panel de neoacero se desprendió y pasó volando por encima para ir a parar al suelo detrás del vehículo. El jeep dio un bandazo al torcerse uno de los ejes frontales a causa del impacto.

No obstante aún se movía. Aún funcionaba. Desde la posición de la base en el valle se elevaba una humareda que impedía ver la base en sí. Pero ella había visto muchas veces durante la guerra lo que los zerg hacían a las bases y construcciones terran.

El jeep avanzó haciendo esos otros cien metros hasta que algo alcanzó la parte trasera con un fuerte golpe. Tuvo tiempo de echar un vistazo al retrovisor y vio una columna de zergling persiguiéndola, antes de que la parte de atrás golpeará contra el suelo, arrastrando el acero por el barro y dirigiendo el jeep hacia el bosque.

Saltó del vehículo antes de que se estrellara contra un árbol a un lado del camino. Cayó sobre su brazo malo y gritó de dolor cuando lo que le quedaba de huesos se partió en pedazos.

Pero se obligó a levantarse, y arrastró fuera del coche la caja de los tarros. Mucho se habían roto por el impacto, pero algunos seguían intactos. Se fijó en la anchura del camino, calculó la distancia de los zerg que venían hacia ella y consideró que tenía suficiente para crear un muro de fuego que los contuviera... si la lluvia no lo extinguía demasiado pronto. Si la tormenta pasaba de largo, tal vez podría incluso propagarse por el bosque y frenarlos el tiempo suficiente para que ella llegara a la base.

O quizás muriera calcinada. Pero iba a morir de todos modos, de eso estaba segura. Iba a llevarse consigo a tantos de esos cabrones como pudiera.

Sacó el primer tarro de la caja... y levantó la vista sorprendida por el sonido de unos motores que rugían sobre su cabeza. Un interplanetario atravesó la capa de nubes e inició su descenso hacia la base. *Incluso un piloto del ejército debería poder ver esa columna de humo*, pensó con una media sonrisa.

El piloto consiguió establecer contacto por el canal de comunicación, aunque la línea estaba llena de energía estática. —*Base de Garxxax... interplanetario de evac... Teniente Treicher. Tenemos... visual, por favor...*

—¡Nave de evacuación, aquí la oficial de seguridad Illyana Jorres! ¡La base ha caído! ¡Repito, la base ha caído! ¡Soy la única superviviente, a medio kilómetro de distancia en un camino de tierra! ¡Busque a los malditos zerg que avanzan hacia aquí! ¿Me recibe?

Una pausa en la línea. Los zerg estaban cada vez más cerca de su posición.

—*Recibido... Agente Lee... Vamos hacia... Rastreando... Espere.*

Illyana suspiró. El piloto solo había oído la mitad de su mensaje, y de su nombre, por la energía estática. Pero al menos la había oído. Ahora lo único que tenía que hacer era sobrevivir el tiempo suficiente hasta que aterrizaran...

Arrojó el tarro de savia contra los zerg que venían hacia ella y disparó su P220.

* * *

Lee observó la vista trasera en un monitor de la bahía de aterrizaje mientras los sanitarios ataban a Brach a una camilla.

Krakulv tembló y luego explotó en un brillante destello de calor nuclear. Vaporizado.

—Vaya —dijo uno de los sanitarios—. ¿Eso... eso ha sido cosa suya? A eso lo llamo yo apurar.

—Al construir la base acoplamos bombas nucleares al núcleo. No podía arriesgarme a una cuenta atrás demasiado larga o corta, o sea que la he conectado a las alarmas contra incendios. Así lo único que había que hacer era esperar a que los zerg provocaran un fuego.

—¿Desde cuándo usan incendiarios los zerg?

Lee sonrió. —Bueno, les dimos un empujoncito. Yo guardaba un pequeño recuerdo en nuestra vitrina de trofeos, un tarro de savia de... Mire, da igual. Ha funcionado.

Brach le apretó la mano con más fuerza. —Je, je... condenadas... orugas.

Lee le devolvió el apretón. —Sí. Lo sé. —Se volvió hacia los sanitarios y señaló la pierna de Brach—. Bueno, escuchen, esto es una herida de cucaracha. El ácido contiene viroides que se propagan por el sistema nervioso, y un nanoencontrado estándar no hace más que agravar el proceso. La única forma de neutralizar la infección es sumergir toda la pierna en un baño de álcalis, inyectarle virales bacteriófagos y luego limpiar y hacer una valoración. —Hizo una pausa—. Pero, francamente, lo más probable es que tengan que amputar.

El sanitario se quedó boquiabierto ante su franqueza. —Ah, señorita... Gracias, pero ¿podríamos discutir esto en privado?

Brach esbozó una sonrisa con los labios apretados. —Es mi esposa... cretino. Y sabe más... de heridas de cucaracha que... lo que tus profesores te hayan enseñado... Muéstraselo, cariño.

Brach soltó la mano de Lee. Esta la levantó delante de la cara del sanitario, con la palma hacia fuera, y se sacó el guante. El sanitario dio un grito ahogado de asombro ante el recubrimiento de neoacero, las terminaciones nerviosas endoesqueléticas, el suave fulgor de las luces de estado.

—Un miembro cibernético.

—Hasta el hombro. Puede hacerse una idea de cómo lo perdí.

Brach rió, tosió, escupió flema y volvió a coger a Lee de la mano. Esta caminó junto a su camilla mientras los sanitarios lo llevaban por los pasillos de la nave. —Como dije... una buena pareja.

—Estaré aquí, Brachyan. —Lee le apretó la mano—. Supongo que ya te debo dos.

Brach sonrió. —¿Nunca has tenido esa... sensación de *déjà-vu*, Illyana?

Lee siguió sujetándolo fuerte mientras entraban en la enfermería.